

67-5-15
S.M./C3/49

Palabras Mutualistas

SM
C^a3
49

Ordenadas, compendiadas y traducidas

POR

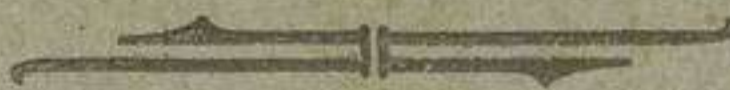
D. VICTORINO BENITEZ CARRERAS

MIEMBRO FUNDADOR DE «LA BOULE DE NEIGE»

Condecorado con Medalla de Bronce

Tolle et lege

Toma y lee



ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

— de —

ANDRÉS BORRÁS MÓDENA

Villa-Cárlos

6



1055537

SM C*3 49

334
BEN

Palabras Mutualistas

Ordenadas, compendiadas y traducidas

POR

D. VICTORINO BENITEZ CARRERAS

MIEMBRO FUNDADOR DE «LA BOULE DE NEIGE»

Condecorado con Medalla de Bronce



Tolle et lege

Toma y lee

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

— de —

ANDRÉS BORRÁS MÓDENA

Villa-Cárlos

R-489A

R-489A

Reg. por su autor. - Año 1907.

Para la Biblioteca
Pública de Mahón

Victorino Benítez

Mahón, 7 de Septiembre 1907

Dedicatoria

Al muy Ilustre Ayuntamiento de Mahón, y á la ilustrada Junta de Extensión Universitaria (Mutualidad de ideas), tiene el honor de dedicar este trabajo de traducción, en atención á la humanitaria obra que realizan difundiendo la cultura entre las clases modestas de la sociedad mahonesa, y como agradecimiento á aquella Corporación, digna de todos los respetos, por haberse puesto á la cabeza en la propaganda de la Mutualidad en las Escuelas.

Victorino Benítez Carreras.

INTRODUCCIÓN

¿Sabeis cual es el ídolo, por decirlo así, de la humanidad, en los actuales momentos? ¿Sabeis cual es el principio que mueve á muchos hombres, de cualquier condición que sean? ¿Sabeis cual es la palabra mágica que enardece á las muchedumbres? No es *la libertad*.

Libertad, libertad, vociferaban un día todos; pasó aquel período histórico, y *la libertad* no conmueve ya á la multitud, á la multitud que llena la plaza pública. Esa palabra sacrosanta, como la llamaran un día, ha sido puesta sobre el ara, se la hecho trizas, y se la ha pisoteado.

Y es natural este fenómeno; porque la humanidad, no se alimenta de palabras vanas; no es extraño que se cambie de derrotero; porque al estar cerca del puerto anhelado, se ve que no satisface ya las necesidades, si siempre antiguas, siempre nuevas en la evolución histórica de los siglos.

Los hombres dejaron la libertad; porque como la comprendían, ó degeneraba en licencia ó era un mero pasquín ..

Se acudió luego á la *ciencia*, y á pesar de su indiscutible importancia, ha venido el fracaso que era natural; porque no estaba cimentada en la Moral. La ciencia, pues, como la libertad, aunque agitarán siempre á la humanidad, no serán empero el ídolo de su corazón, el *ser real* de los sueños, de las ilusiones forjadas en un tiempo feliz, en que sin afanes ni temores, el hombre se apasiona locamente de lo que no puede satisfacer el abismo del corazón.

Si no es la libertad, ni tampoco la ciencia, lo que agita á las muchedumbres, ¿estará tan desengañada la humanidad, que no se haya forjado en su mente, otra concepción, que en sus lirismos le prometa días de felicidad y de ventura? No, porque esto equivaldría à haber muerto *en vida*; esto sería el sepulcro levantado en medio de un festín.

Todo está encadenado en el mundo; toda premisa trae lógicamente sus consecuencias. Podrán pasar años sin que toquemos, por decirlo así, esas consecuencias; pero ya vendrán, cuando las premisas hayan fermentado en todos los campos de la actividad humana. El Protestantismo hallando el campo abonado, como juiciosamente observa Balmes, el Protestantismo encontrando á la sociedad del siglo XVI, en estado adecuado, produjo la *anarquía* religiosa, que tal es propiamente el nombre que se merecen aquellas *variaciones* dogmáticas que aparecían y desaparecían, cual un relámpago; pero dejaban la semilla fecundante, y su primera consecuencia fué la *anarquía política*, que tal es el epíteto que se ganara la Revolución Francesa, hija legítima de la *Reforma*, su natural consecuencia. Desde

que Lutero (1) fué el instrumento que encendiera aquel combustible de la sociedad de su tiempo; desde que el gran Voltaire aturdió á todos los pueblos con su erudición é impiedad, el mundo marcha à pasos gigantes-
cos, y en carrera vertiginosa, hacia un porvenir nuevo en los anales de la historia.

Bakounine en su *Catecismo* nos describe los deberes del revolucionario para si mismo con estas terribles palabras:

«El revolucionario es un hombre sagrado. No tiene intereses personales, ni sentimientos, negocios, bienes, preferencias, ni hasta nombre. En él todo debe ser absorbido por un interés único y exclusivo, por un pensamiento único, por una pasión única: la revolución.

Un revolucionario desprecia todo doctrinarismo y toda la ciencia de este mundo... No conoce más que una ciencia, la ciencia de la destrucción, etc., etc.»

Y los referentes á la sociedad los detalla así:

«Un revolucionario no ocupa lugar en la sociedad actual; no vive sino en la esperanza y creencia de la pronta y completa destrucción de la misma... No debe retroceder delante de la destrucción de ninguna institución, de ningún bien, de ningún hombre perteneciente à la sociedad. Si los lazos del parentesco, de la amistad, del amor detienen su brazo, no es revolucionario. Nuestro fin es la destrucción terrible, completa, implacable y universal. Nosotros debemos acostumbrarnos à la vida de los malhechores y asesinos, porque estos son los verdaderos y únicos revolucionarios». (2)
He ahí el programa del verdadero nihilismo ruso; he ahí las doctrinas que han engendrado al anarquismo práctico, feroz, de acción, al padre de los Vaillant, Pallás, Morral, etc.; que si bien ha retrocedido en sus planes diabólicos, no por esto ha desaparecido: *latet anguis sub herba*, podemos exclamar con Horacio ante el estado del mundo; porque las ideas en el actual momento histórico, se encaminan à tiempos más lejanos. El porve-

(1) Aunque Lutero fué el principal instrumento de la **anarquía** religiosa, no obstante, sus doctrinas produjeron el primer chispazo de anarquía social. En efecto, "el Todopoderoso—escribe Díaz de Baeza en su Prólogo a la traducción de las **Variaciones** de Bossuet—espera de los pueblos, decía en Alemania uno de los reformadores, que destruyan la tiranía de los magistrados, que reconquisten su libertad con las armas en la mano, que rehúsen pagar los impuestos, y establezcan la comunidad de bienes... esto es salir de la esclavitud de que Jesucristo nos ha libertado. Todos somos hermanos, todos somos hijos de un Padre común. ¿De donde proviene, pues, la riqueza y la pobreza? ¿Por qué hemos de gemir en la indigencia? ¿Por qué hemos de estar abrumados por el peso de los males, mientras los grandes están nadando en las delicias? Dadnos ricos del siglo, avaros usurpadores, volvednos los bienes que retenéis injustamente. Deben repartirse entre todos; no solamente como hombres, sino también como cristianos. La rebelión, se declaró la guerra à los soberanos, y se les intimó que Dios mandaba à los reformadores exterminar à los tiranos: y aquella mala semilla que entonces produjo la guerra más insensata, ha estado incesantemente germinando hasta nuestros días, en que vemos proclamadas à la faz del universo aquellas máximas monstruosas, que ahora como entonces y como siempre llenan el mundo de calamidades y de cho de un génio violento é indómito, que con el título de reforma religiosa, levantó su voz contra el cielo y socavó los cimientos sobre que descansaba el orden público, y la estabilidad de las cosas humanas. El diablo sugirió à Lutero esta rebelión contra la autoridad divina y humana: él mismo lo confiesa. **Diabolus frequentius mihi condormit quam mea Catharina: argumenta à Diabolo didici; diabolium doctorem habui, à quo universa quo docui didici;** dejó dicho aquel heresiarca".

(2) No hemos leído su **Catecismo**; sacamos estas citas de la obra del P. A. Vicent. S. J.

nir, la consecuencia de que hablábamos, está sintetizada en el *Comunismo Anarquista*, presentado con todos los ropages de la ciencia por el príncipe ruso *Kropotkine* en su *Conquista del Pan*, que ha engendrado más anarquistas teóricos que todos los libros ácratas en junto.

¿Serán las doctrinas *comunistas*, en toda la extensión de la palabra, el fin último de la Sociedad? ¿se ejecutarán los sueños de *Kropotkine*? A nosotros nos parecen imposibles de realizarse; porque son antinaturales; pero opinamos que en un porvenir más ó menos lejano, las masas intentarán su planteamiento... No solo se desea abolir la propiedad privada base de toda civilización, y piedra angular del edificio social, se pretende, es natural, la destrucción de la familia, fundando un estado tal de cosas que pugna abiertamente con la ley divina y humana.

Ya en 1870 escribía el célebre P. Gratry en sus luminosas contestaciones al hegeliano Vacherot: «Radical abolición, decía, (1) de la familia, para identificarla al agrupamiento de los animales. Eso lo dice todo. Es el programa bestialitario íntegro. ¡La abolición de la familia! Esto ha empezado á practicarse. «Conozco, dice, un testigo de excepción, (2) conozco una gran población de Francia en donde esta infamia se perpetra *como cosa corriente*... «¡Qué infamia! ¡el vil abandono de la madre en el octavo mes de su embarazo! La víctima se presume.» Lo veis, esto ya no son hombres.

Ved la más elevada pretensión de la secta: la de procurar, en medio de nosotros, la multiplicación de los brutos por selección. Cruzan hombres y mujeres escogidos entre los más aventajados discípulos de estas doctrinas, para obtener seres de día en día con más sólido temple de animalidad, y cada día más y más desprendidos de toda vida humana superior á la vida animal: tal es el método de volver á la animalidad. Conozco por su nombre ese sabio, ese discípulo de la vuelta á la bestia, que declaró formalmente su intención de casarse con ese designio. Busco, dijo, una mujer sin imaginación, sin fé, sin corazón. Cree haberla hallado. Espera que sobre todo el infante, con una educación puramente bestial, se desprenderá plenamente de las huellas de humanidad que puedan rastrearse en los dos ascendientes

Ved de que modo las sociedades cristianas pueden y deben hacer desaparecer de su seno y de toda la faz de la tierra, los salvajes y los animales. Por la educación.

El superior poder de la educación y transformación que posee la sociedad cristiana alcanza á todo. He ahí el gran deber, el gran recurso de los siglos en que entramos.

Suprimir por la educación, por la divina potencia de regeneración y de transformación que Dios nos ha dado, los animales humanos, tantos

(1) Cartas sobre Religión. Carta VII, IV.

(2) Julio Simón. Discurso del 28 Diciembre en Burdeos.

aún sobre la tierra; luego levantar siempre más alto en el hombre, de siglo en siglo, la razón, la conciencia, la ciencia, la belleza, belleza moral y belleza visible de los hijos de Dios, hacer de todos esos pobres animales, y hasta de las piedras, según frase del Evangelio, hijos de Abrahám, esa es la misión evangélica de la era nueva y de los hermanos del Hombre-Dios.»

He ahí las bellas palabras del ilustre religioso; pero desde los tiempos en que admiraba al mundo culto con su pluma, se ha andado un gran trecho; lo que formaban propiamente las doctrinas de algunos sabios, ha descendido al pueblo, sino en su mayoría, en número considerable; las masas de las grandes capitales no solo son ateas, sino, es lógico, anarquistas más teóricas que prácticas en este momento histórico y partidarias del *amor libre*.

¿Quién, pues, podrá detener el movimiento anárquico? ¿a quién será dado establecer la *justicia* en la sociedad moderna? Solo a dos factores; al Catolicismo, a la Moral cristiana, y a la Mutualidad; porque no solo hay necesidades físicas, sino morales, y no solo se sienten estas, sino aquellas.

Pues, bien, ante estas consideraciones, lanzamos al público, nuestros «Principios de Mutualidad» que abarcaban ambos extremos.

La práctica de aquellos «Principios;» pero la realización exacta y perfecta, puede salvar a la sociedad moderna desquiciada en el orden moral y en el material.

Seamos sinceros: ¿la humanidad seguirá fielmente el espíritu de aquellos «Principios» cual conviene a su estado morbosos? Dios lo sabe; pero al hombre le es lícito conjeturar, y más cuando se funda en sólida base. No, porque el mal, el egoísmo, han echado hondas raíces en el corazón; se los podrán disminuir; pero lo que se necesita, no son meros paliativos sino extirpar los males de cuajo, como las hierbas venenosas.

No somos nosotros los que pretendemos reformar a la sociedad; sino los «Principios» que, no son nuestros propiamente; sino que pertenecen al tesoro de verdades que la humanidad ha acumulado en la escala ascendente de los siglos. Meros instrumentos contribuimos con nuestro grano de arena a que brille la verdad y la justicia en el mundo, sin que pretendamos ser mas buenos que los demás; conocemos la enfermedad, ofrecemos la medicina, y esto no nos priva de que también podamos estar enfermos, un médico puede recetar una dosis, no deduciéndose de ahí su perfecto estado de salud...

El trabajo que hoy tenemos el gusto de presentar al público, no es nuestro; nos limitamos a ordenar lo más notable que se ha escrito ó pronunciado sobre la forma práctica de resolver la cuestión social, que es, en general, la asociación, llamada principalmente *Mutualidad*.

Lo hemos titulado *Palabras Mutualistas* porque algunas han sido pronunciadas en ocasiones solemnes.

Al leerlas, se notará la ausencia de dos circunstancias que afearán nuestra labor; el medio donde fueron pronunciadas, y la figura del orador

que siempre da realce á las expresiones. ¿No pierden algo de su valor los discursos de Demóstenes, de Cicerón, las oraciones fúnebres de Bossuet, las obras oratorias de todos los artistas de la palabra, sin aquellas figuras que dan vida y calor á sus grandes períodos?

Creemos ser útiles á nuestra patria vulgarizando la Mutualidad; si alguien nos demuestra que obramos mal, colgaremos nuestra pluma esperando que otros más instruídos emprendan tan humanitaria labor.

En todo caso, la conciencia estará tranquila; porque habremos escrito lo que sentimos desde lo más íntimo del corazón; y al pobre escritor no se le puede pedir más; pero, repetimos, si nuestra labor es funesta en lugar de fructífera, nos sentiremos tranquilos, levantada la visera, y fija la mirada en la Justicia y en la Moral, esperando que otros espíritus trabajen, con el talento que á nosotros nos hace falta, para que la sociedad moderna salga de la pendiente por donde se desliza, si al parecer suave, escabrosa al fin, pues conduce al abismo.

Engolfados en el torbellino del mundo, y habiéndonos visto obligados à luchar de mil maneras para ganar el pan diario, hemos comprendido lo mucho que, en circunstancias dadas, sufren algunos de nuestros hermanos, aliviada su situación por las almas caritativas ó benéficas. Con el deseo, pues, de trazar el camino para aminorar al menos los padecimientos, hemos tomado la pluma del mutualista, y si tomamos en ocasiones dadas la del moralista, obedece á la convicción de que el mundo ha de regenerarse por la Moral cristiana, y por el principio de Mutualidad.

No, serán efímeros los progresos económicos, las ventajas saludables que ya experimenta la sociedad moderna del principio de Mutualidad, si los pueblos no se regeneran en lo único que puede hacerlo: *las doctrinas de Cristo*.

Si la humanidad se empeña en que esta vida no es un mero viaje, un período de transición, digámoslo así; sino la finalidad última, la Mutualidad no impedirá el choque tremendo que se avecina, la batalla terrible que sin necesidad de notas diplomáticas va á surgir en un porvenir más ó menos lejano...

Las Cortes Españolas no se han ocupado todavía del problema social; pero el Instituto de Reformas Sociales, ha presentado al Gobierno un proyecto de ley para establecer una Caja Nacional de Retiros; lo que habla á favor de tal entidad, sobre todo, de los Sres. Dato y Azcárate, sus directores.

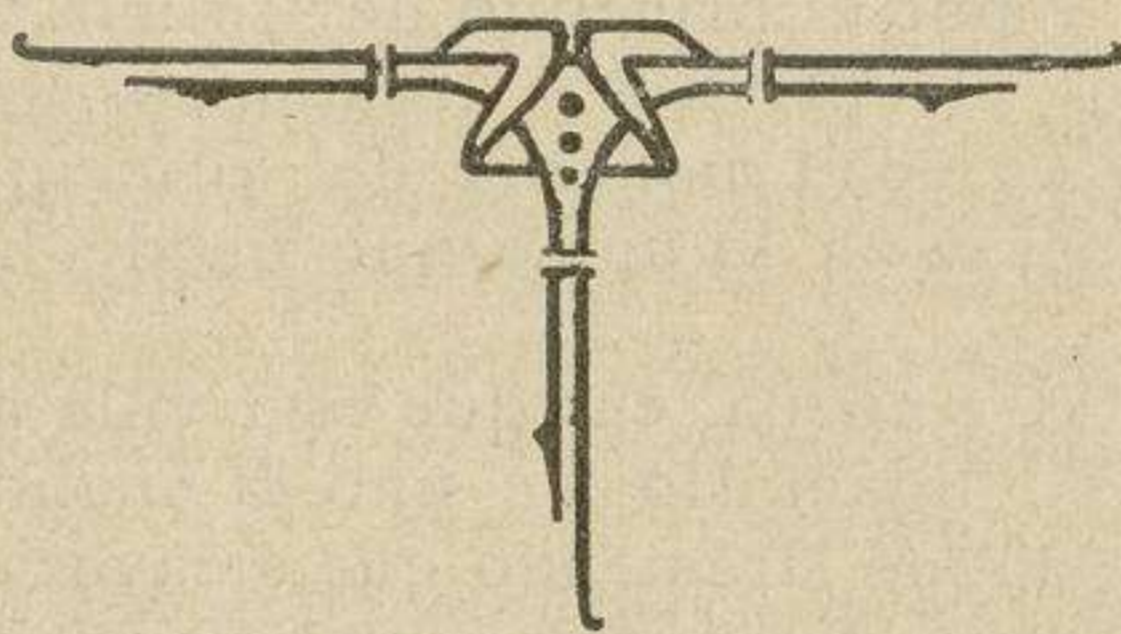
Hace ya algunos años que el pueblo español goza de la ley contra los accidentes del trabajo por disposición de mi respetado amigo el Excmo. Sr. D. Eduardo Dato, habiéndose captado las unánimes simpatías de la nación. El nombre del Sr. Dato es digno de todos los respetos; porque su ley es el principio de las reformas sociales; la figura simpática del político honrado es merecedora de los más grandes elogios; sus profundos conocimientos sociológicos constituyen una esperanza para la Patria.

¡Obreros, de cualquier partido político que seais, descubríos ante ministro tan provechoso! ¡Clases altas, que mirais con simpatía, las leyes justas y racionales, inspiraos en la política laudable del ilustre Dato!

Escribimos por la razón especulativa del bien, es decir, no nos mueven lucros; pero como nuestra posición social no nos permite ni el menor gasto fuera de las necesidades de la vida, abrazamos la confianza que las personas cultas y de buena voluntad, nos favorecerán, con lo que contribuirán al bien general.

Victorino Benitez Carreras.

Mahón 15 de Julio de 1907.





Palabras Mutualistas



I

DE S. S. LEÓN XIII

en su inmortal Encíclica RERUM NOVARUM

LA experiencia de la poquedad de las propias fuerzas mueve al hombre y le impele á juntar á las propias las ajenas. Las Sagradas Escrituras dicen: «Mejor es que estén dos juntos que uno solo; porque tienen la ventaja de su compañía. Si uno cayere le sostendrá el otro; ¡Ay del solo que cuando cayere no tiene quien le levante!» Y también: «El hermano, ayudado del hermano, es como una ciudad fuerte». Esta propensión natural es la que mueve al hombre á juntarse con otros y forma la sociedad civil, y la que del mismo modo le hace desear formar con algunos de sus conciudadanos otras sociedades, pequeñas, es verdad, é imperfectas, pero verdaderas sociedades. Mucho difieren estas sociedades de aquella grande sociedad (la civil), porque difieren sus fines próximos. El fin de la sociedad civil es universal, porque no es otro que el bien común, de que todos y cada uno tienen derecho á participar proporcionadamente. Y por esto se llama *pública*, porque por élla se *juntan entre sí los hombres, formando un Estado.* (1)

Más al contrario, las otras sociedades que en el seno, por decirlo así, de la sociedad civil, se adunan, llámanse y en verdad son *privadas*, porque aquello á que próximamente se enderezan es al provecho ó utilidad privada que á solos los asociados pertenece. Es, pues, sociedad privada la que se forma para llevar á cabo algún negocio privado, como cuando dos ó tres hacen sociedad para negociar de consuno. (2)

Aunque estas sociedades privadas existen dentro de la sociedad civil, y son de élla, como otras tantas partes, sin embargo, de suyo y en general, no tiene el Estado ó autoridad pública poder para prohibir que existan, porque el derecho de formar tales sociedades privadas es derecho na-

(1) S. Thom. Contra impugnantes Dei cultum et religionem, cap. II.

(2) S. Thom. I. c.

tural al hombre, y la sociedad civil ha sido instituída para defender, no para aniquilar, el derecho natural; y si prohibiera á los ciudadanos hacer entre sí estas asociaciones, se contradiría à sí propia, porque lo mismo élla que las sociedades privadas nacen de este único principio, á saber: que son los hombres por naturaleza sociables, etc., etc.

Podríamos citar íntegra la *Encíclica* de S. S. León XIII, y se vería la importancia que daba el gran Pontífice á las organizaciones que forman el núcleo de la Mutualidad, verdadero complemento á las enseñanzas del Catholicismo; pero basta señalar las siguientes palabras con que dá fin à su hermosa descripción de los gremios:

«Débese también con gran diligencia proveer que al obrero en ningún tiempo le falte abundancia de trabajo, y que haya subsidios suficientes para socorrer las necesidades de cada uno, no solo en los accidentes repentinos y fortuítos de la industria, sino también cuando la enfermedad ó la vejez ú otra desgracia pesare sobre alguno.»

¿Se puede hablar más claro y más grato al corazón? ¿Es posible practicar en toda su extensión, el espíritu de estas palabras sin recurrir à la Mutualidad?

Los amos y los mismos obreros—sigue León XIII,—pueden hacer mucho para la solución de esta contienda, estableciendo medios de socorrer convenientemente á los necesitados y acortar las distancias entre unos y otros. Entre estos medios, deben contarse las asociaciones de socorros mútuos, y esa variedad de cosas que la previsión de los particulares ha establecido para atender á las necesidades del obrero y á la viudedad de su esposa y orfandad de sus hijos, y en caso de repentina desgracia ó de enfermedad, y para los otros accidentes à que está expuesta la vida humana, y la fundación de Patronatos para niños y niñas, jóvenes y ancianos. Más corresponde el primer lugar à las asociaciones de obreros, que abarcan ordinariamente casi todas las cosas dichas.

Muchos años duraron entre nuestros mayores los beneficios que resultaban de los gremios de artesanos, los cuales, en hecho de verdad, no solo fueron excelentemente provechosos á los artesanos, sino á las artes mismas, dándoles el aumento y esplendor de que son testimonio muchísimos documentos.

Como nuestro siglo es más culto, sus costumbres distintas y mayores las exigencias de la vida cotidiana, preciso es que tales *gremios* ó *asociaciones de obreros* se acomoden á las necesidades del tiempo presente. Con gusto vemos que en muchas partes se forman asociaciones de esta clase, unas de solos obreros, otras de obreros y capitalistas; pero es de desear que crezca su número y su actividad.»



II

DE M. LÉON GUILLOT

Officier d'Académie, Président Fondateur de LA BOULE DE NEIGE

La asociación es el hecho social, esencial y primitivo

ES por la asociación que se ha desarrollado, complicado y perfeccionado la vida de los primeros hombres, nuestros antepasados de las cavernas.

Ella es el principio mismo de todo progreso social; crea la ciudad, y con ella, todos los otros hechos sociales.

Nuestra época tiene el mérito de haber estudiado de cerca la idea de la asociación. No se contenta con indicar toda su importancia para la formación de las sociedades humanas ó animales, ha querido remontarse al origen de la asociación y encontrar el carácter esencial.

La solidaridad es la ley social que mana de la asociación

Pasando del individuo á las sociedades, la noción de solidaridad se transforma.

Mecánica en el primero, llega á ser libre en los segundos, *inmediata y definitiva* en el organismo individual, es *perfectible*, sometida á *fluctuaciones*, y para decirlo en una palabra, dependiente de la buena voluntad humana en el cuerpo social.

No se trata de ninguna manera de nivelar las fortunas ó de igualar la iniciativa de los ciudadanos. Cada uno de nosotros, en lo que incumbe, es dueño de una y de otra, y la jerarquía social no debe desaparecer. Se trata de esto: que la iniciativa ó la fortuna de uno, si es poderosa, no debe dificultar ó disminuir la de los otros; y de esto también, que de todas las fortunas, de todas las iniciativas, debe caer á las masas un elemento, que permita á los desheredados, á los vencidos, á los desesperados, sino levantarse, al menos vivir aún.

De esta tarea, el Estado ha querido tomar su parte y aumentarla cada día.

En su forma negativa y de defensa, son, por ejemplo, las leyes sobre la reglamentación del trabajo; las leyes sobre las herencias, es la ley sobre los sindicatos, es la ley sobre las asociaciones.

En su forma positiva, esta tarea comprende, por parte del Estado, el establecimiento de los servicios públicos, que contribuyen á la vez á la riqueza individual y á la riqueza pública.

El Estado realiza también de un modo directo la forma del deber de solidaridad. Es desde mucho tiempo con la Asistencia Pública, era ayer con la asistencia à los ancianos enfermos ó indigentes, y será mañana con la ley sobre los retiros obreros.

Pero su forma más inmediata y más positiva, que consiste en preveer para cada uno el minimum de bienestar, el deber de solidaridad se impone más á la iniciativa privada que al Estado. Toma desde luego un nombre nuevo: LA MUTUALIDAD.

(Extracto de "Tú serás mutualist,e").



III

DE M. ÉMILE LOUBET

ES, sin duda, un admirable espectáculo el de la inteligencia disciplinando las fuerzas del mundo físico y sometiendo la naturaleza á combinaciones imprevistas, de donde sacamos un aumento de bienestar y de goces estéticos; pero en tanto el genio domina la ciega materia, en tanto es inferior á la Justicia y à la Bondad. La forma más elevada de lo bello no es de aquellas que se pueden indicar por números en un catálogo: visible solamente para la conciencia moral, ella se encuentra realizada cuando las inteligencias superiores y diversas, agrupando sus esfuerzos, están animadas, como las máquinas de nuestras galerías, por un gran motor común: el sentimiento de la Solidaridad.

Me complazco en proclamar que todos los gobiernos rinden homenaje á esta ley superior. A pesar de los rudos combates á que se entregan los pueblos en el campo industrial, comercial, económico, no cesan de poner en primer lugar de sus estudios los medios de consolar los sufrimientos, de organizar la asistencia, de propagar la enseñanza, de moralizar el trabajo, de asegurar recursos á la vejez.

Dirijo á estos gobiernos cuyo concurso nos ha sido precioso, un saludo cordial. Doy la bienvenida á sus distinguidos representantes: han sido los colaboradores ilustrados de la obra común y tienen una gran parte en su éxito.

(Extracto del discurso pronunciado el 14 Abril 1900, en la apertura de la Exposición universal).

La Mutualidad no es ya una abstracción, sino una realidad; se propaga en los campos como en las ciudades, hace cada día nuevas conquistas, aproxima y confunde á los que piden á su trabajo el pan de todos los días

y à los que están libres de los sinsabores materiales de la vida; porque estos llegan à ser los más útiles auxiliares de vuestras Sociedades y tienen como honor soportar las cargas sin reclamar las ventajas.

No es más noble principio, Señores, que el que os ha reunido. La idea del deber social viene de lo alto; si se ha podido temer algunas veces que no se alterase ó perdiere atravesando ciertas tempestades, gracias á esfuerzos como los vuestros, y de los cuales nuestros antepasados nos han dado el ejemplo, ha encontrado en la Mutualidad su fórmula práctica y su vía natural; hoy, la Mutualidad aparece como susceptible de renovar pacíficamente las Sociedades: se puede decir que ya ha creado la atmósfera en la cual respiran y piensan los hombres honrados.

Hacer que la fraternidad no sea un nombre vano; realizar, en el orden material, un progreso que nuestros padres habían apenas entrevisto; estimular, como primera condición de este progreso, la iniciativa individual, ayudada tan largamente como sea posible por el Estado y los Municipios; proclamar la grandeza de esta fórmula rejuvenecida: «*¡Ayúdate y la Humanidad te ayudará!*» Enseñar á unos la necesidad de los sacrificios voluntarios y á otros la del ahorro y de la asociación; preparar, en fin, y asegurar la paz social, de la que la democracia francesa, fiel á su misión histórica, tiene el deber de dar el ejemplo al mundo civilizado; tales son los rasgos generales del programa mutualista á los cuales vuestro congreso dedica una brillante consagración.

(Discurso pronunciado el 10 Junio 1900 en el acto de cerrar el Congreso internacional de la Mutualidad, en el palacio de la Economía social.)

Me habéis recordado, Sr. Ministro de Agricultura, que era un mutualista convencido y antiguo; mis cabellos blancos, en efecto, me permiten haber comenzado antes que vos; pero, aunque antiguo mutualista, me siento aún joven cuando veo los progresos de la Mutualidad, porque es en este progreso que veo la paz social y la seguridad de mañana. La Mutualidad no ofrece solamente la seguridad material, sino el vigor moral, más precioso aún que los socorros pecuniarios, porque el beneficio de la Mutualidad no espera la hora en que la vejez y la invalidez llegan; se hace sentir, desde que se empieza à formar parte de la Sociedad.

(Extracto de un discurso pronunciado el 24 Febrero 1901 en la Asamblea general de **La Prévoyance Commerciale**).



IV

DE M. PIERRE-MARIE WALDEK ROUSSEAU

HACE cincuenta años apenas, si algunos audaces se hubiesen atrevido à decir que una asociación de más de 100.000 miembros podría un día formarse, que obedecería no à algunos instintos egoistas, sino al sentimiento más elevado de la Previsión y de la Solidaridad, que su vuelo, bien lejos de disminuir con los años, no haría más que aumentar, que sabría señalarse á sí misma las reglas más sabias, más prácticas y más prudentes, que llevaría, en la dirección de esta empresa y en la administración de muchos millones, una sabiduría, una exactitud que podrían envidiar los más hábiles financieros, se hubiera dicho que hablaba de empresa quimérica. Pues, bien, de esta pretendida quimera, teneis la más brillante de las realidades, y habeis dado un ejemplo de todo lo que es permitido esperar de este admirable movimiento de Mutualidad que será el honor del siglo que ha terminado.

(Extracto de un discurso pronunciado en un banquete de la Sociedad de Socorros Mútuos **La Fraternelle des Chemins de Fer**).

Yo creo que el hombre ha nacido previsor. Esta proposición no podrá ser tachada de temeraria; ¿no se enseña que todos los seres animados obedecen ante todo al instinto de conservación? La Previsión es el instinto de conservación en el ser dotado de razón.

En los tiempos prehistóricos, nuestros antepasados más lejanos, no echaban en el polvo de las llanuras ó en las malezas de los bosques lo que sobraba, satisfecha su hambre, de la presa que habian abatido, de los frutos salvajes que habían cogido; guardaban para el día siguiente. Guardar para mañana es la primera palabra de la Previsión. A medida que la civilización brotó, á medida que los hombres se acercaban unos á otros, las relaciones se han multiplicado, á medida que el valor de las cosas ha sido representado por un medio intangible, facilmente conservable, susceptible de aumentarse por la economía, no se han contentado de proveer para el día siguiente, han ahorrado en vista de un porvenir más lejano; y cuando, al lado de este sentimiento más noble aún, él de la solidaridad, entonces se ha querido ahorrar no solamente para sí, sinó para los otros.

Es del ahorro recíproco que ha nacido la Mutualidad.

Pero, podrá decirse: ¿como hay tantos imprevisores?

El defecto de previsión tiene dos causas. La primera es un defecto de cultura moral suficiente. La segunda, es, es preciso decirlo y reconocerlo,

la dureza para algunos del combate para la vida, que, ciertamente, no destruye el instinto de previsión, sinó que suprime el poder de ahorrar. Pues, bien, el honor del siglo último será de haber abordado de frente este doble problema bien complejo, pero que se impone de más en más à la atención de todos: elevar el nivel moral de los hombres y mejorar, por un esfuerzo común y sincero, las condiciones mismas del trabajo.

Muchos de los que han emprendido la realización de alguna obra nueva se preguntan con ansiedad; no se vuelven sino con temor hácia el pasado; se interrogan si la mies que han sembrado germinará. Vosotros no conoceis semejantes incertidumbres; podeis mirar vuestro pasado con legítimo orgullo, debeis continuar con la más serena confianza.

(Extracto del discurso pronunciado el 26 Octubre 1901 en el banquete de los Presidentes de las sociedades de Francia).



V

DE M. ARMAND FALLIÈRES,
Presidente de la República Francesa.

ME hago un deber asistiendo à las fiestas de Marsella, de llevar à los mutualistas el saludo *fraternal* del Presidente de la República.

Soy dichoso, al mismo tiempo, de dirigir mis felicitaciones más calurosas à los hombres de iniciativa que han dotado à la Mutualidad de su primera casa y cuyo ejemplo producirá su efecto.

Habéis dicho que yo era un mutualista, es verdad. Desde cincuenta años me he asociado à vuestra obra. El mutualista es el que reclama, la cabeza levantada, la ejecución de un contrato libremente consentido entre hombres que tienen por divisa:

Ahorro, Probidad, Trabajo, Solidaridad

Si queréis todo mi pensamiento, yo sería dichoso que, como à mi eminente predecesor, para el cual, con toda la Francia, tengo el más profundo respeto y el más vivo reconocimiento, me concedáis vuestra estima y confianza.

Habéis recordado que *M. Emile Loubet* era el primer mutualista de Francia, mi ambición sería de ser el segundo.

(Del discurso pronunciado en la apertura solemne de la **Casa de Mutualidad** de Marsella).



VI

DE M. LÉON BOURGEOIS

EL pueblo tiene el deber sagrado de ser mutualista, como de ser soldado, como de emitir sus sufragios; porque ser previsor es servir á la Sociedad y á la Patria, y ser imprevisor es faltar gravemente á ambas.



VII

DE M. FÉLIX RAISON

LA Mutualidad asegura al trabajador contra la enfermedad, los accidentes de la vejez, pero no ha emprendido aún el seguro obrero por las Sociedades de Socorros Mútuos. El seguro de vida dejaría á las viudas un capital que les daría pan y les permitiría educar á los huérfanos hasta el día en que puedan subvenir á sus necesidades. Este seguro que no sería más que transitorio, acabaría cuando cada uno de los hijos haya alcanzado la edad de 16 años. Sería poco oneroso; se ha calculado que no costaría más que 6 á 8 céntimos por día y por niño, y esto en los momentos en que el padre de familia está en plena fuerza y gana el jornal más elevado.



VIII

DE M. JULES CLARETIE

De la Academia Francesa

EL siglo pasado no ha emitido y propagado idea superior á la de la Mutualidad.—Celo, solidaridad, he ahí las virtudes de este mundo moder-

no que trabaja para combatir mejor las miserias—y la Mutualidad no está más que en su aurora. El siglo XX será su desarrollo, su perfección. No es ser un utopista afirmar esta certeza: cuanto más avancemos más clemente será la vida à despecho de los males inevitables y de las desigualdades crueles. Y la idea mutualista habrá servido esta etapa hácia la bondad. Escribo estas líneas á dos pasos de la casa de un amigo que hizo mucho por la Mutualidad.

Vacía ahora la modesta morada de Viroflay que distingo al otro lado del bosque.

Más la obra queda, el recuerdo dura. Sacrificarse, es sobrevivir.



IX

DE M. RIBOT

Diputado y ex-Ministro

TOMO un obrero de nuestros campos; tiene á menudo mucho trabajo para poder vivir; si tiene dos ó tres hijos, algunas veces no puede vivir y tiene necesidad de la Asistencia. Lo más frecuente, no puede contribuir á la Sociedad de Socorros Mútuos, no tiene los medios.

Pero sí, en fin, se impone un ahorro quitado de su reducido salario y paga 12 francos por año à la Sociedad de Socorros Mútuos, opino que es un resultado infinitamente dichoso, por está incorporado á este gran ejército mutualista, que no es solamente respetable, sino que es en este país el ejército del ahorro, del orden, de la conservación.

Es necesario hacer una ley de retiros que no seque no solamente el ahorro, sino las cuotas de los socios de las Sociedades de Socorros Mútuos.

(Extracto de un discurso pronunciado en la sesión de 13 Junio 1901 en la Cámara de Diputados).



X

DE M. ENRI VERMONT

Abogado

LAS Sociedades de Socorros Mútuos han nacido del corazón del pueblo y de sus necesidades, preservan á los trabajadores de las consecuencias de la enfermedad, de los accidentes y de la vejez, no viven sino para ellos y por ellos, son su honor y su sostén. Durante la primera mitad del siglo XIX, desconocidas de unos, y por otros objeto á la vez de desconfianza y de simpatía, no tuvieron más que una existencia precaria. El decreto—ley de 1852 les dió en fin una existencia legal y les trazó un camino seguro, pero demasiado estrecho, que la ley de 1.º Abril de 1898, obtenida después de 16 años de lucha, ha dichosa, pero insuficientemente alargado. El espíritu de las Sociedades de Socorros Mútuos no ha variado nunca. Se inspiran á la vez en la ley divina que hace al hombre un deber de amar á sus semejantes, y del triple principio de libertad, igualdad y fraternidad, que sirve de base indestructible á nuestro derecho moderno. Ellas son el terreno neutro donde todos los hombres de corazón se encuentran, preservan al rico del egoísmo y al pobre de la envidia, no son solo una escuela de ahorro y de previsión, sino también de esfuerzos personales, de tolerancia, de fraternidad, de progreso. Han resuelto el problema de la enfermedad. No les falta más que un poco de ayuda para resolver el problema de la vejez. Yo veo en ellas el más seguro remedio contra la miseria y el mejor sostén de la paz social. Cuando se consideran las virtudes que desarrollan, los beneficios que derraman, la utilidad que de ellas resulta, ora para la nación, ora para los particulares, la Mutualidad se impone á todo espíritu imparcial como una de las instituciones más útiles y más fecundas del siglo en que vivimos.



XI

DE M. CHARLES GIDE

Catedrático de Derecho

LA Sociedad de Socorros Mútuos tiene una superioridad sobre todas las otras formas de asociación, es que da más à los que tienen más necesidades, es que aventaja à los débiles à expensas del fuerte—los enfermos y los ancianos à expensas de los jóvenes y de los sanos—y que realiza con ello en cierta manera el ideal de una Sociedad comunista voluntaria. Pero la Sociedad de Socorros Mútuos tiene una inferioridad en frente de las otras formas de asociación: es que exige el menor esfuerzo ó una cuota mínima pagada todos los meses, todos los trimestres, como un abono à un periódico, esto no es suficiente para dar à los hombres la clara conciencia y la incesante preocupación de su solidaridad.

Hablo de la forma actual de la Mutualidad, porque las formas antiguas, y que sobreviven aún en ciertas aldeas, de la Sociedad de Socorros Mútuos *en nature*,—la vela de los enfermos, la ayuda para la vendimia ó la siega,—respondían mejor à este fin de educación social.



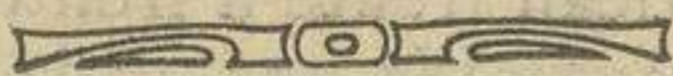
XII

DE M. PAUL DESCHANEL

ex-Presidente de la Cámara de Diputados de Francia

PARA obtener la solución de la cuestión social, los mutualistas de todas las escuelas deben marchar *la main dans la main*. Hay entre ellos, dicen, los científicos y los sentimentales. Me parece que no debe ser difícil de ponerse de acuerdo, porque es solamente por la alianza de la razón y del corazón, de la ciencia y del amor, que se resolverán los problemas de justicia social que son à la vez el honor y el tormento de nuestra edad.

(Extracto del discurso pronunciado en la recepción de los Mutualistas en el Palacio-Borbón).



XIII

DE M. S. HANOTAUX

De la Academia Francesa, ex-Ministro de Estado

LA fórmula mutualista tendrá la última palabra, porque sustituye el sentimiento á la obediencia, la libertad á la autoridad, la continuidad á la agitación, el trabajo á la discordia y el derecho á la fuerza.



XIV

DE M. JULES LEMAITRE

De la Academia Francesa

AL comunismo, es decir á la asociación forzoza, es preciso oponer la Mutualidad bajo todas sus formas, es decir la asociación libre. La Mutualidad, socialismo voluntario y moralizador, resolverá poco á poco todas las cuestiones sociales.



XV

DE M. E. CHEYSSON

Miembro del Instituto

La Mutualidad y la Familia

ENTRE las instituciones de previsión que son el honor de nuestro tiempo, la Mutualidad representa una de las más altas manifestaciones de la solidaridad social. Hombres de corazón y de talento, sintiéndose amenazados por crisis que pueden presentarse de repente, se asocian y ponen en común sus ahorros y su celo para ayudarse recíprocamente en el momento de la prueba. No solamente practican frente á frente de sus camaradas asociados esta bella máxima: *Todos para cada uno, cada uno para todos*; no solamen-

te fraternizan puestos en los mismos rangos los jóvenes, que cuentan su edad por primaveras y los ancianos que están encorvados bajo el peso de los inviernos; sino también, por el fondo común inalienable de los retiros; esta solidaridad se extiende á sus descendientes, y une á través de los siglos las generaciones sucesivas.

Esto es, ciertamente un bello espectáculo y un generoso sentimiento que no se podrá celebrar bastante. La solidaridad triunfa en la Mutualidad; ella abraza todas las edades, todos los oficios, los contemporáneos y sus descendientes más lejanos; ella alcanza todo, une todo. Pero en sus conquistas sucesivas y en su desarrollo de día en día más extenso, no ha olvidado hasta aquí más que un punto del dominio social: *la familia*.

Para cualquiera que haya examinado de cerca, á la luz de la razón y de la historia, la constitución esencial de la humanidad, el papel de la familia aparece inmenso en los destinos de la nación. Es ella que es la verdadera molécula social; es de su cohesión ó de su flaqueza que dependen la grandeza ó la decadencia de los pueblos. Con elementos efímeros, pero soldados de un extremo á otro, forma una cadena indefinida, que conserva su permanencia y desafía el tiempo. La familia es el más sólido fundamento de los Estados; es á fortificar la familia que debe dirigirse nuestra incesante preocupación.

No ha sido tal hasta aquí la de la Mutualidad, que ha tomado el carácter individualista. Ha dirigido su influencia sobre el individuo, mirado en sí, abstracción hecha de su marco natural; ignora la familia; incorpora, es verdad, los miembros, pero aisladamente, á título de unidad distante, sin preguntarse ni preguntarles si están en estado de nómadas errantes ó forman parte de un haz compacto, de un bloc. Es, por ejemplo, el padre que será socio: á este título se le cuidará, si está enfermo; se le constituirá una pensión para su vejez; pero su mujer y sus hijos no recibirán ningún socorro en caso de enfermedad, á menos de aplicarse ellos mismos á otra sociedad femenina ó escolar; en cuanto á su retiro, lo llevará con él á la tumba, sin dejar nada á los que le sobrevivan y que su muerte podrá sumergir en la miseria. Combinación egoísta, buena á lo más para los célibes cuya es la divisa: *¡Después de mí, el diluvio!* pero inadmisibile para padres de familia cuya vida no es más que una serie de actos de abnegación á provecho de los seres que le son tan queridos.

Antes de pensar en las generaciones futuras, en los hombres del siglo XXI que no tienen con él ningún parentesco, parece que el mutualista estaría mejor inspirado en preocuparse de su nidada, y si no puede bastar á todo, debe comenzar por cubrir bajo su protección y previsión á aquellos de quienes tiene la carga inmediata.

La consecuencia de este principio sería de reservar el capital de las pensiones, no á provecho de la Sociedad misma, sino á beneficio de la familia. El fondo común no se alimentaría más, es verdad; pero al menos, á la muerte del padre, la viuda y los huérfanos cobrarían un capital que

les permitiría atravesar la crisis desencadenada sobre ellos por la muerte del padre. Este es el sistema de la muerte individual à capital reservado, previsto por los artículos 22 y 23 de la ley de 1.º Abril 1898 y por el artículo 50 de los estatutos modelos.

Oigo la objeción: para realizar este programa, sería necesario procurar recursos nuevos à la Mutualidad.....

¿Qué se pensaría de un padre que, sentado con todos los suyos à una mesa modestamente servida, alegase que el menú, siendo demasiado exiguo para satisfacer su apetito, se lo comería todo?

Estos recursos pueden sacarse además de los sacrificios individuales del participante, en los tres siguientes:

- 1.º Bonificación de las sociedades cooperativas de consumo.
- 2.º Concurso de los miembros protectores, y de los patronos que tanto interés tienen à afianzar la paz social con manifestaciones efectivas de solidaridad respecto à las clases más numerosas.
- 3.º Subvención del Estado.



XVI

DE M. LE D.^r PAUL DE SAINT-LEGER

LA Mutualidad se dirige à los hombres activos, à los que aceptan las responsabilidades de la existencia, que saben preveer los riesgos y quieren asegurarse contra ellos. La Mutualidad està hecha para los hombres libres aceptando las responsabilidades de la existencia. Para los otros, los perezosos, los borrachos, los indiferentes, es preciso organizar la *Asistencia*.

Estoy convencido que la Mutualidad lleva en sí misma y por sus aplicaciones, la solución de la *cuestión social*.

He ahí como puede y debe, à mi opinión, asegurar à todos los que quieran un minimum de existencia y suprimir la extrema necesidad.

Desde luego, hay que hacer como en Inglaterra sociedades especiales para el retiro; en estas sociedades el fondo común, si existiese, podría servir para mejorar hasta un maximum, las libretas individuales juntando con *prudeucia* el seguro contra *le chômage* (falta de trabajo) estas sociedades harían, en ciertas condiciones y bajo garantías, préstamos

á las Sociedades de Socorros Mútuos contra las enfermedades y los accidentes. Prestarían fondos para la fundación de casas de retiros locales ó regionales donde los ancianos mutualistas, sin familia, vivirían con su pequeña pensión. Todo esto sin administración, sin gastos bajo la inspección de los Consejos de administración. En estas casas se podrían recibir los inválidos con pocos gastos guardándose cuidadosamente de las prodigalidades administrativas de la asistencia pública.

Los servicios que la Mutualidad puede prestar son muy numerosos y muy diversos, y diré más, imprevistos.



XVII

DE M. LE COMTE D'HAUSSONVILLE

De la Academia Francesa

Los Protectores

SON personas que piensan así: los hazares de la fortuna hacen que, si caigo enfermo, estoy en estado de pagar el médico que llame, ó que si llevo á la vejez, no tengo necesidad de inquietarme del pan que comeré. Pero sé que hay muchos de mis semejantes que no están al abrigo de esta doble preocupación. Yo sé que se han asociado para hacer frente á estas necesidades, pero no alcanzan todos los resultados apetecibles. Voy á juntarme á su asociación; aceptaré las cargas; no invocaré los beneficios, y esta desigualdad, voluntariamente aceptada por mí, será en pago parcial de otras desigualdades que son á mi ventaja. De esta manera, la cotización de miembro honorario de una Sociedad de Socorros Mútuos llega á ser un acto de solidaridad social, para emplear la palabra de moda. Ella corrige en la medida de lo posible la desigualdad de las condiciones. Que este acto de solidaridad aún demasiado raro, se generalice, que todo el que pueda sea miembro honorario de una Sociedad de Socorros Mútuos, y la Mutualidad tomará un desarrollo que aventajará de mucho á los progresos rápidos llevados á cabo por ella hace diez años. Muchos sufrimientos serán dulcificados y un gran paso será dado hácia la solución del problema social.

Sin duda, este problema no se encontrará resuelto, porque no lo será jamás. Habrá siempre que preocuparse de aquellos que no habrán podido ó querido asegurarse, con la paga de una cuota anual, el beneficio efectivo

de la Mutualidad, de los demasiado poco afortunados ó de los demasiado poco previsores, de los cuales no se puede ser despiadado.

De aquellos, es à las formas divinas de la caridad que pertenecerá s'empre tener cuidado, la caridad, esta antigua virtud cristiana á la cual será siempre necesario hacer llamamiento para la obra incompleta de la solidaridad.



XVIII

DE M. GERVILLE-RÉACHE

Abogado y Diputado

HE seguido con el más grande interés los esfuerzos valientes de los mutualistas franceses. Tengo fé en el porvenir de su obra, porque opino que no puedo menos de ayudar à resolver pacíficamente los más graves problemas sociales.



XIX

DE M. FRANÇOIS GOPPÉE

De la Academia Francesa

Si el comunismo me parece ser una peligrosa utopía, pienso, al contrario, que la Mutualidad, basada en el ahorro personal y cuota voluntaria, puede llegar á ser la salvaguardia de la vejez sin fortuna.



DE M. PAUL BEAUREGARD

Catedrático de Derecho

¡La Mutualidad! He ahí un hermoso y grande objeto. Es que la Mutualidad es un noble y gran esfuerzo. Los hombres, durante su vida, corren, lo sabemos demasiado, numerosos riesgos. Cuantos dolores, cuantos sufrimientos son el contrapunto de estas bellas ideas de seguridad, de gloria y de dicha que ama tanto deslizarse la humanidad. La Mutualidad, bajo sus formas múltiples, viene precisamente, en la medida de lo posible, á atenuar los riesgos, sufrimientos, á dar á los hombres lo que desean ante todo, este elemento esencial de dicha que se llama la seguridad de mañana. Ella nos aparece así como teniendo uno de los primeros puestos en el conjunto de los esfuerzos que nuestra sociedad moderna agrupa, con razón, bajo la denominación común de asociación. Sí, la Mutualidad es esencialmente una asociación, pero no una asociación cualquiera. Su objeto está bien definido, se resume en algunas palabras. Ayudémonos, socorrémonos unos á otros. Recordemos la admirable fábula de *La Fontaine*: «Un anciano habla á sus hijos y les pide prueben su fuerza sobre dardos juntos. Ensayaban en vano; por valerosos y jóvenes que fueran, no llegan á derribar el haz. É! rompiendo el lazo, rompe los dardos uno después del otro. ¿Que es esto, sinó que la Unión hace la fuerza?»

Unámonos, pues, lo imposible sucumbirá, la Asociación hará sin pena lo que descorazonaría el individuo reducido á sus solas fuerzas. La Mutualidad se aprovecha de este consejo: agrupa sus fuerzas. Los mutualistas llevan los socorros unos á otros, se unen con un fin de bondad recíproca... Y por esto, es fácil ver que la Mutualidad no debe ser confundida con otras agrupaciones que constituyen también nobles esfuerzos hácia la Asociación dignas que les demos valor con todas nuestras fuerzas, pero que no deben ser confundidas con ella...



XXI

DE M. LOUIS BARTHOU

Diputado y ex-Ministro

LA Mutualidad no es la propiedad de ningún partido. Es la doctrina común y también la común esperanza de todos los que tienen fé, para la solución de los problemas sociales, en la iniciativa individual y en la asociación libre. Es por excelencia la forma pacífica de la evolución social. Con este título, está en las tradiciones de todo el partido republicano y no tiene otros adversarios que los apóstoles de la revolución social. Pero, si desdeña sus ataques, prueba, con sus servicios, que, para los mutualistas como para los republicanos, las negaciones, *si son necesarias*, no dan solución. Porque nosotros nos negamos abdicar delante una doctrina que si no fuera la más engañosa de las utopias, no se tendría otro resultado, bajo pretexto de transformar el mundo, que de nivelar todas las voluntades en un mismo servilismo. La verdad es que nunca se ha hecho tanto y que nunca se ha comprendido tanto lo que resta à hacer. La verdad del progreso social consiste para nosotros, en el concurso, à la vez moral y financiero, largamente ayudado por el Estado de los esfuerzos combinados de la iniciativa individual y de la asociación libre. Al defecto de una fórmula màgica que pueda transformar el mundo, no hay otro medio de atacar las miserias y mejorar las desigualdades.

(Extracto de un discurso pronunciado el 27 de Mayo 1897 en el banquete de la **Ligue national de la Prévoyance et de la Mutualité**).



XXII

DE M. JULES ARBOUX

EL CASTAÑO

HACIENDO mis numerosas conferencias de Mutualidad, en todos los puntos del país he pensado à menudo en *el Castaño*, cuando era necesario decidir à los egoistas, ignorantes ó imprevisores entrar en una sociedad de

Socorros Mútuos. El castaño es algunas veces un árbol perezoso que puede vivir muchos años sin dar ningún fruto. El labrador, conociendo esta particularidad, cuando ve que está así, desgarrar la corteza para hacerlo fecundo. Lo corta con su cuchillo, pero teniendo cuidado no tocar la albura.

El año que sigue es siempre fecundo.

El árbol ya no se limita à adornarse de hojas, da frutos. Hé ahí, precisamente, lo que conviene hacer cuando se está en presencia de obreros indiferentes ó indecisos. Es preciso hacer brecha, desgarrar la rugosa corteza, hablar de la enfermedad, de la vida, de los huérfanos, de la invalidez, de la vejez, turbar ó emocionar, hacer sangrar ó llorar.

El resultado es maravilloso y los frutos se tocan pronto. Los frutos, es decir, la revelación para sí mismo del beneficio de la iniciativa individual, el ahorro y la templanza, el cuidado de asegurar de una manera modesta pero cierta, su bienestar y el de todos los suyos. Los frutos, es decir, el esfuerzo honrado para evitar de caer en la asistencia pública, y el goce de sentir que presta su concurso al Estado como ciudadano económico y previsor. Los frutos, es decir, el amor de los otros y una propaganda fraternal para hacerlos dichosos como nosotros. Y es que por la enfermedad, por la vejez, es decir, para los días críticos y para el invierno que la Mutualidad da al hombre su alimento tan precioso; último rasgo de semejanza con el castaño.



XXIII

DE M. EUGÈNE ROCHE

Abogado

LOS tiempos son más cercanos que no lo pensamos. No oímos, en efecto, todos los días, el paso de nuestros batallones mutualistas que se forman en todas partes. Se agrupan en Comités de distrito, en Uniones departamentales ó regionales y mandan delegaciones siempre más numerosas á los diferentes Congresos.

La justicia y la sabiduría de sus consejos admiran profundamente al mundo, atraen á ellos la simpatía y la protección de nuestros gobernantes,

y de todos los que, por su situación elevada, deben preocuparse del porvenir de nuestro país, de Francia.

La voz de los mutualistas no es ya tímida, como en el pasado, y se manifiesta de otro modo que por un murmullo. Vibra hoy como una banda sonora, y nuestros clarines tocan la unión de todos los hombres de paz y de trabajo alrededor de la bandera de la Previsión. Es el ejército de los mutualistas que está en marcha. Nada, de hoy en adelante, podrá detenerlo, porque tenemos con nosotros el derecho y la fé que salva.

Tengo confianza en el porvenir, à causa precisamente del vuelo mutualista que se manifiesta de más en más. Tenemos en nuestras Sociedades, personas que pertenecen à todas las opiniones políticas y religiosas. Debemos reunir las y acercarlas aún más, porque es la Mutualidad la única capaz de hacer cesar estas divisiones.

(Extracto de un discurso pronunciado en Lille el 20 Octubre 1901 en la Asamblea general de l' **Union regionale des Societés de Secours Mutuels**).



XXIV

DE M. JEAN HEBRARD

Si es verdad que la Mutualidad es un maravilloso instrumento de progreso social, nada más perjudicial que presentarla como una abstracción.

La Mutualidad es un conjunto de instituciones, extremadamente ingeniosas, que pueden comprender todas las combinaciones inspiradas por el arte de preveer y el arte de ahorrar. Eminentemente perfectibles estas instituciones descansan sobre un principio común: el libre acuerdo de los interesados, el Estado no interviniendo que como un cooperador, un protector, dando bajo forma de subvenciones una pequeña parte de las economías que estas instituciones le permiten hacer en uno de sus más esenciales servicios, la asistencia de los débiles y de los ancianos, y de una manera general, de todos los desheredados de la vida. Tienen también este carácter, esta superioridad, acaso única, de ser administradas gratuitamente por sus mismos miembros, cuya inspección es incesante, y por otra parte, la más segura garantía de su buena administración. En fin, lo que acaba de darles su verdadera fisonomía es que están basadas en la igualdad de cargas y de derechos.

No habiendo asegurado, al principio, y en ciertos límites, que la enfermedad, la Mutualidad á medida de su desarrollo, se ha mostrado apta poco á poco para asegurar todos los riesgos inherentes á la existencia de los trabajadores, la enfermedad prolongada, las incapacidades transitorias de trabajo proviniendo de los accidentes, la invalidez prematura, la vejez, la defunción, la carencia involuntaria de trabajo. Habiendo demostrado la experiencia que las Sociedades de Socorros Mútuos aisladas no pueden desarrollar tan grandes servicios, se ha creado la Asociación de segundo grado.

No son solamente los individuos, son las Sociedades mismas que se asocian para la mejora ó la organización de un servicio como la enfermedad ó el retiro; y entonces, con las *Uniones* previstas por la ley de 11 de Abril 1898, hemos visto aparecer las farmacias mutualistas, los dispensarios, las cajas de contraseguro, las cajas autónomas de retiros, de dotes, de seguros en caso de fallecimiento, etc.

La Mutualidad no se dirigía, al principio, más que al jefe de familia. Hoy engloba todos sus miembros.

Piensa en el porvenir y toma al niño en tierna edad: su aprendizaje es enseñado en más de diez mil escuelas.

Está á punto de conquistar á la mujer, y sentarse así como protectora en el hogar del obrero.

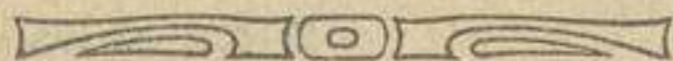
Modesta y sencilla, en el campo, como el jornal de los labradores, llega á ser profesional en la ciudad, y sin perder de vista su objeto primitivo, sin cambiar nada á su organización esencial, sin ruido, alcanza el mismo fin que los sindicatos obreros.

Entra en el taller y en la fábrica y busca poner de acuerdo al capital y al trabajo.

Agrupar no solamente todos los obreros, sino todos los ciudadanos, aún los más acomodados, figurando como miembros protectores de las Sociedades, contribuyendo á la obra común y poniendo á su servicio unos su inteligencia, otros su fortuna, todos su corazón...

No es exclusiva de ningún progreso, de ninguna perfección: después de haber vivido mucho tiempo del método experimental, ha entrado resueltamente en el campo científico y su administración no tardará de desarmar todas las críticas. Sus enemigos son los de toda sociedad; tiene dos que combate sin tregua ni descanso: el alcoholismo y la especulación mercantil que le disputan demasiado á menudo la parte de su previsión.

Así por la asociación libre, la Mutualidad tendrá que realizar esta solidaridad general universal que llega á ser la ley de la humanidad en frente de la lucha por la vida, hará según la feliz expresión de *M. León Bourgeois*, la unión por la vida.



XXV

LA BOULE DE NEIGE

ALGUNOS días antes de la *recette* mensual, que tiene lugar el primer domingo de cada mes, es interesante estudiar la fisonomía de los socios que van y vienen constantemente en los locales del domicilio de esta sociedad, donde están colocadas en un vasto piso bajo numerosas cajas destinadas à recibir de un modo rápido las cuotas de los miembros activos. Uno se encuentra allí en contacto con todo lo que la democracia cuenta de honradas gentes. Es una curiosa mezcla, y de las más pintorescas, obreros, empleados de todas clases, pequeños comerciantes que vienen, la mayoría en el vestido de trabajo, à llevar su modesto ahorro, quitado con inteligencia de los gastos fútiles. Muchos van descubiertos, el delantal sobre el vientre; otros llevan los paquetes para los clientes, el cesto de provisiones. Ora un sacerdote, un soldado, un cochero de punto ó de una gran casa, un ciclista, un *chaffeur* de automóvil, un criado en librea. Y el movimiento continua sin ruido, sin incidente, todo el día. Lo que choca sobre todo al visitante, es el aire de satisfacción de toda esta falange de mutualistas.....

Después de haber examinado en detalle los diversos servicios, M. Guillot, el fundador de la Sociedad nos concede algunos ratos de conversación: introducidos en su gabinete particular nos da los datos referentes à la progresión de la Sociedad que ha fundado en 1892 con algunos amigos y que hoy cuenta cerca de 70.000 miembros con un capital de 10 millones; 527 socios son actualmente pensionistas.

Un tal resultado demuestra que la Mutualidad es capaz de resolver todo ó en parte el problema tan complejo de los retiros obreros sin recurrir à la obligación que parece imponer el proyecto de la Càmara de Diputados y que està actualmente sometido al Senado.

(Extracto de **La France Mutualiste** de Junio de 1906).



XXVI

Párrafo final de un discurso leído por el Presidente de la
«Caja Internacional Mútua de Pensiones» de Buenos Aires, D. JUAN
B. GIUDICE, en la fiesta celebrada en aquella capital, el 24 de Febrero
de 1906. (1)

SEBÑORES, para terminar, debo recordaros que sois los dueños, los únicos de esta poderosa institución; que á la sombra de este árbol lozano y majestuoso, caben pobres y ricos, obreros y capitalistas, grandes y chicos, porque la previsión es una ley universal y la Mutualidad una fuerza nueva en el mundo, destinada à reparar los desequilibrios del capital y el trabajo, à desterrar del mundo la esclavitud del que solo cuenta con su esfuerzo y capacidad personal en las luchas de la vida; para el operario carente de estabilidad, oscilante á los vaivenes de las necesidades industriales, irremisible por las pensiones del Estado, constituye el amparo de la decrepitud contra las necesidades y tribulaciones; para el rico, quizás el áncora de salvación final, cuando el derrumbe imprevisto de la fortuna, las amistades falsas desenmascaradas, las lisonjas transformadas en desprecios, no le dejen otro camino abierto á su desesperación.

Sed, pues, los heraldos sinceros de vuestra sociedad; agrupad bajo su bandera à vuestros parientes y amigos, y además; de haber servido á vuestros propios intereses, habreis cooperado al progreso moral y material de la humanidad».



(1) Esta gran sociedad mutualista fué fundada el 18 de Julio de 1901, teniendo en la actualidad, 40.000 socios y un capital de 4 millones de pesos.

Ha pocos meses que se ha creado "La Bola de Nieve", cuyo espíritu está sacado de la francesa del mismo nombre.

XXVII

De La Memoria del Banco Militar de España (1)

EL cooperatismo y la Mutualidad son, de hecho, los factores más importantes del proceso económico de nuestra época; los únicos medios capaces de encauzar las cuestiones sociales de actualidad, que tanto apasionan y que tantos peligros ofrecen por las amplias y pacíficas vías de la evolución educando y condicionando al espíritu público para la vida colectiva moderna, y también las armas más formidables que pueden esgrimir los que no tienen más fortuna que su trabajo personal contra los inclementes abusos de la usura, tanto más exuberante y perniciosa cuanto más divididas y debilitadas se hallan las energías sociales por el individualismo y la imprevisión.

Se explica así la rapidez con que en todas partes vienen multiplicándose las Sociedades fundadas en aquellos principios, el crédito universal de que gozan y la protección legal que en todos los países bien gobernados se les dispensa.



XXVIII

DE M. I. C. GRAY

En su discurso de la apertura del XXXVIII Congreso Cooperativo inglés el 4 de Junio de 1905 en Birmingham.

CARECEMOS de medios para fijar cuales fueron los resultados de los giros cooperativos verificados desde el año 1844 al 1861; más á partir de este último año hasta el presente, nos es dado, merced à las estadísticas publi-

(1) El Banco Militar Español que acaba de fundarse en Madrid, tiene por objeto mejorar las condiciones económicas de los militares, abriéndoles el crédito necesario con un módico interés, procurar el abaratamiento de las subsistencias por medio de Cooperativas de consumo, otorgar socorros á las viudas y huérfanos; y asegurar á los asociados una pensión. En el Consejo de Administración figura el ilustre mahonés, general de marina, Excmo. Sr. D. Emilio Hédiger Olivar.

cadass anualmente por el Registro Principal de las Sociedades de Auxilio Mútuo, determinar el crecimiento y actual situación del movimiento cooperativo. Desde 1861 al fin de 1905 el giro verificado por las Sociedades Cooperativas (inglesas) ascendió á *siete mil ochocientos veintitrés millones setecientos diez y ocho mil cincuenta duros* (1.564.743.610 libras esterlinas), habiendo dejado la enorme cifra de *setecientos sesenta y cinco millones quinientos noventa y tres mil quinientos treinta duros* (153.118.706 libras esterlinas) de exceso de percepción. Hoy día la suma del capital invertido en las Sociedades Cooperativas (inglesas) en forma de acciones y de préstamos hechos por los asociados asciende á *ciento cincuenta y un millones doscientos treinta y cinco mil novecientos setenta duros* (30.247.194 libras esterlinas), de manera que el movimiento cooperativo ha solo retenido ó acumulado una quinta parte del total de los beneficios rendidos por el comercio cooperativo, y el actual tipo de acumulación es aún inferior á un quinto, ya que asciende aproximadamente á un noveno del actual exceso de percepción. Tomad. por ejemplo, las transacciones verificadas en 1905. En dicho año el exceso de percepción obtenido por las Sociedades distributivas ascendió á *cuarenta y siete millones setecientos noventa y seis mil ciento noventa duros* (9.559.238 libras esterlinas), y al fin del año el capital en acciones y préstamos, comparado con el existente al comenzar la anualidad, mostró un aumento de *cinco millones seiscientos ochenta y dos mil doscientos noventa y cinco duros* (1.136.459 libras esterlinas), de suerte que nada más que en aquel año hubo un derrame de *cuarenta y dos millones ciento trece mil ochocientos noventa y cinco duros* (8.422.779 libras esterlinas) entre el real exceso de percepción y el efectivo aumento de los fondos acumulados. Tomando ahora la totalidad del período cubierto por las citadas, resulta que la diferencia entre la suma de exceso de percepción positivamente alcanzado por el comercio cooperativo y la retenida y acumulada por los socios es de *seiscientos catorce millones trescientos cincuenta y siete mil quinientos sesenta duros* (122.871.512. libras esterlinas).»

XXIX

Del insigne orador sagrado el P. Félix

NO hay que engañarse... El obrero vicioso no sabe ahorrar, porque no sabe preveer ni privarse de los goces; porque no tiene otra razón para ahorrar sinó la razón del egoismo; y el egoismo de nuestro tiempo, por lo

común, no ahorra ni acumula, sinó consume y devora. Así, pues, si no le dais al pueblo virtudes, única garantía formal de la economía presente y del capital futuro, nunca llegareis á ponerla á cubierto contra las invasiones de la miseria. En vano acumulareis el bienestar y el desahogo en el hogar de la familia; en vano hareis nacer y crecer en ella el capital de la riqueza material si no acumuláis ese otro capital que conserva los demás y es el capital de la virtud...

Si se prescindie de esto, la economía más sabia, más industriosa, y más solícita no hará más que dar vueltas juntamente con el pueblo á quién quiere elevar á la felicidad, en un círculo vicioso; círculo terrible, en el que la miseria moral multiplica incesantemente la miseria física, y la miseria física influye á la vez de una manera espantosa en el incremento de la miseria moral.

(El Cristianismo en presencia del pauperismo).



XXX

DE M. CHAR PERÍN

LA miseria degrada al hombre física y moralmente á la vez.

En el orden material son consecuencias inevitables de la miseria, no solo la penuria y la privación, sinó también la pérdida gradual de las fuerzas, las enfermedades, la degeneración física y la abreviación de la vida. En el orden moral produce el descorazonamiento, el descuido de sí mismo, la indiferencia por todo lo que puede elevar el alma, y frecuentemente la depravación y el embrutecimiento. La miseria es una de las más perniciosas enfermedades que pueden atacar al cuerpo social. Es la natural y última consecuencia de toda violación grave y persistente de las leyes en que ha fundado Dios el orden de la vida humana.

(De la Richesse dans les sociétés chrétiennes).



XXXI

De Monseñor Gibier, Obispo de Versailles

NO hay que abandonar las obras de caridad, tan necesarias hoy como ayer. Pero son insuficientes.

Hay que fundar obras sociales.

El pueblo es hoy una potencia política; él lo sabe, él tiene conciencia de su fuerza.

Este fenómeno nuevo debe ser tenido en cuenta, no podemos ir al pueblo, como se iba 70 años hace únicamente con obras de caridad. Las obras de justicia social que procuran una más equitativa distribución del bienestar, que mejoran la situación de las clases populares deben ser nuestro principal terreno de acción. Nosotros debemos buscar nuestro punto de apoyo; arriba, sobre el corazón de Dios, mediante una vida sobrenatural más intensa; abajo, sobre el corazón del pueblo, mediante una vida apostólica más activa.

(De "La Croix" en una **enquete** entre los Obispos de Francia).



XXXII

Del Ilustrísimo Dr. Maupa, Obispo de Opihuela.

TODOS los economistas, aún aquellos que, prescindiendo de las ideas cristianas, ó rechazándolas positivamente, se inspiran en el buen sentido y en la triste realidad de los hechos, están conformes en que la desmoralización de las clases obreras es una de las principales causas del problema social, y uno de los datos que más en cuenta se ha de tener para resolverlo; pues aunque se duplicase ó triplicase el precio de los jornales, y se abaratasen considerablemente los medios de subsistencia, mientras reinasen entre los pobres el vicio y la falta de previsión que hoy reinan, el problema continuaría en toda su integridad y gravedad, tomando cada día mayores y más alarmantes proporciones.

Y, ciertamente no se necesita haber profundizado mucho en las ciencias económicas para conocer y comprender que donde impera el vicio no puede encontrarse orden, ni concierto, ni paz ni prosperidad alguna entre los ricos ni entre los pobres.

(La Cuestión Social).



LA MUTUALITÉ

Pièce dédiée aux Mutualistes de St-Martin-de-Valamas (Ardèche)

Récitée par l'auteur, au banquet Mutualiste, le 12 mai 1907.

O Mutualité! mot profond, plein d'espoir!
Qui nous guide au matin, qui nous sourit le soir!
Source de tout bien-être et gage de richesse!...
Je t'admire, et, pour toi, je mets ma plume en laisse!...

De l'Association ignorant les douceurs!
Une abeille vivait solitaire et sans sœurs...
Elle faisait son miel dans le tronc d'un vieux chêne,
Et personne, en ce lieu, ne partageait sa peine!...

Ce miel était exquis, mais hélas! les tourments
Assaillaient notre amie, et les dieux incléments
L'ayant abandonnée à son sort pitoyable,
Son travail était vain, son destin misérable.

Les avides fourmis dévastaient ses rayons.
Faible et seule devant ces nombreux bataillons
Qu'on voyait constamment et monter et descendre,
Elle ne pouvait pas, pauvrette, se défendre!...

Une autre abeille arrive, et lui dit gentiment:
«Pourquoi donc vivre seule en ce coin désolant!
«Tu n'as pas un ami, pas un soutien, une aide!
«A ton sort malheureux veux-tu porter remède?

«Viens avec moi, là-bas, dans la ruche, au soleil,
«Où notre miel s'étale, alléchant et vermeil,
«Où nos actives sœurs vivent sans jalousie,
«Sans nulle ambition, sans peur et sans envie!

«Nous avons su trouver le secret du bonheur...
«Vivre seule! Fi donc!... mais quelle est ton erreur!...
«L'association rend douce l'existence:
«On s'aime, on se soutient, on est dans l'assurance

«De n'être point vaincu par la fatalité,
«Oui, vivent l'union, la solidarité!
«Vivent le bien commun, l'épargne commune!
«Arrière alors la faim, la misère importune!

...La jeune solitaire écouta ce conseil...
Elle alla vers la ruche étalée au soleil...
A côté de ses sœurs, se mettant à l'ouvrage,
Elle sentit renaître en elle le courage...

Son travail profitait à la société,
Elle tirait profit de la communauté.
Heureux étaient ses jours! plus de pleurs! plus d'alarmes!
Et son labeur n'avait que plaisirs et que charmes!

...Autrefois, ouvriers, paysans, employés,
Sous le labeur constant, sous la peine ployés,
Avaient à surmonter un écueil redoutable,
Un obstacle au bonheur, obstacle infranchissable.

Lequel, mes chers amis? «celui de n'être qu'un!»
Vivre seul et pour soi, voilà ce que chacun,
Egoïste, ignorant, mettait dans sa devise!
La vie ainsi n'était qu'une chose incomprise!

La devise: «Chacun pour tous, tous pour chacun»
Voilà le vrai bonheur!... Trouverait-on quelqu'un
Osant nier tout haut ses bienfaits innombrables?...
Et le bien qu'ainsi l'homme apporte à ses semblables?...

Soyez fiers, et levez bien haut votre étendard!...
Dites à tout venant, clairement et sans fard,
Dites à tout propos: «Je suis mutualiste!
«Voilà pourquoi mon front jeune ou vieux est moins triste!

«Voilà pourquoi gaiement j'entrevois l'avenir!
«Voilà pourquoi j'attends mes vieux jours sans frémir!...
«Et si la mort venait me frapper avant l'heure,
«Je partirais heureux!... A celui qui me pleure,

«Je dirais: «Je m'en vais, mais restent mes efforts!...
«Par moi, les compagnons se sentiront plus forts!
«Ma vie, à mes amis, paraîtra chose utile,
«Voilà pourquoi je pars, l'âme calme et tranquille!

Salut! *Boule de Neige*, et salut Prévoyants!
Salut! hommes de cœur, justes et clairvoyants!
Honneur à vous! Honneur à ceux qui, sans relâche,
De vous grouper nombreux, ont entrepris la tâche!...

D. PEYRET,

Instituteur à Saint-Martin-de-Valamas.



Conclusión

HEMOS terminado nuestra modesta labor; creemos haber contribuido al bien general; el porvenir hará la debida justicia á las ideas de paz y regeneración social; nosotros no tenemos mérito alguno, sinó como apóstoles de esa *entidad jurídica*, la Mutualidad, que aparece en el borrascoso mar de la sociedad moderna, para aliviar nuestros infortunios materiales.

Tú, querido obrero, que te afanas por ganar un pedazo de pan, sé moral, sé mutualista, y verás aliviada tu situación, sobrellevando con resignación las desigualdades naturales del estado social.

Vosotros, hombres ilustrados, sacrificáos por llevar el influjo mutualista á los pueblos todos por amor y por justicia; pues de esta manera, la civilización será provechosa, y no se verá expuesta á naufragar en la tempestad que se avecina.

Vosotros, políticos, dejad una vez al menos vuestras intrigas, favoreced esas instituciones previsoras, que ante los males agudos que padece la sociedad moderna, se desviven por llevar á todos los campos de la actividad humana, el principio de Mutualidad.

Vosotros, los favorecidos por la fortuna, sed morales y modestos, y de este modo, os será más factible el ayudar á los que padecen en este mundo.

¡Qué la luz ilumine á los hombres todos! ¡Qué el amor reemplazca al egoísmo é individualismo que minan y socavan los cimientos de la verdadera sociabilidad humana que es la cristiana y mutualista!.

— F I N —



Apéndice

No podemos menos de hacer constar el ejemplo dado por el Ayuntamiento de Mahón, propagando la Mutualidad entre los niños de ambos sexos que concurren á nuestras Escuelas públicas.

Esta corporación, presidida por el distinguido Decano del Colegio de Abogados, Dr. D. José M.^a Mercadal y Pons, á raíz de la publicación de nuestro librito «Mutualidad Infantil», acordó repartir 80 ejemplares entre los alumnos de las Escuelas, determinación que mereció los aplausos unánimes de todas las personas de buena voluntad; aunque para conseguir verdaderos resultados, debería hacerse un pequeño sacrificio, regalando dicho librito sinó á todos los alumnos, á la mayoría, y suplicar á los ilustrados Profesores se leyera en la clase; pues es de temer caiga en manos de ignorantes de la Mutualidad, y, desgraciadamente lo arrinconen, lo que sería de lamentar por dos razones poderosas, por no dar fruto alguno, y por haber hecho gastar al Ayuntamiento dinero en balde.

El Concejal D. Vicente Carreras y Orfila, *motu proprio*, tuvo la feliz idea de presentar al M. I. Ayuntamiento una proposición que decía así:

«MUY ILUSTRE AYUNTAMIENTO.

Considerando que la economía es la base de la prosperidad de los individuos y de las sociedades, porque es un manantial de progreso;

Considerando que la instrucción es sumamente importante, porque desarrolla las facultades todas;

Considerando que la enseñanza de la economía es de absoluta necesidad para el mejoramiento de los obreros en general, por las condiciones de la vida moderna;

Considerando que la Mutualidad es la fórmula más positiva para fomentar el ahorro entre las clases más modestas de la sociedad;

Considerando la solicitud de todo punto digna de elogio que se toma siempre este Ayuntamiento para propagar la enseñanza entre todas las clases de la sociedad, y patrocinar todo cuanto tienda al bien social de los obreros;

El Concejal que suscribe, tiene el honor de manifestar á este Ayuntamiento, que habiendo tenido ocasión de leer detenidamente el librito «Mutualidad Infantil» que acaba de publicar el autor de los «Principios de Mutualidad», D. Victorino Benitez Carreras, dedicado á las escuelas de Menorca, librito, que el que suscribe, conceptúa no sólo de suma importancia y utilidad para los niños, sinó de absoluta necesidad, como puede conven-

cerse este Ayuntamiento con el adjunto ejemplar, espera se dignará acordar se adquieran algunos ejemplares para repartirlos entre los alumnos de ambos sexos más aventajados que concurren á las escuelas públicas de este Municipio, con lo cual dará una nueva prueba del interés que se toma por la instrucción, por el bien social de los obreros, y de las clases modestas, poniéndose con tal proceder á la cabeza de todos los Ayuntamientos de España, á quienes no se ha presentado una ocasión de demostrar su simpatía por la Mutualidad, fórmula que satisface á todas las escuelas, las radicales como las conservadoras, que desean el bien del pobre y la tranquilidad de la sociedad.

Vicente Carreras.

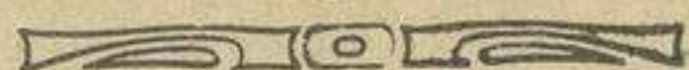
Mahón 12 de Agosto de 1907“,

El Ayuntamiento, previo informe de la Comisión de Fomento, por unanimidad acordó la citada repartición de ejemplares; y la de Festejos, compuesta del Sr. Alcalde y los Tenientes Sres. Pons Sitjes y Vidal Palliser, á propuesta del primero, tomó la determinación de dedicar los citados ejemplares como premios á los niños de ambos sexos, acto que tuvo lugar en la mañana del día 8 de Septiembre en el Salón de Sesiones del Ayuntamiento, en cuyo día celebra esta ciudad su anual festividad cívico-religiosa, y á cuyo acto asistimos, regalando por nuestra parte un ejemplar de nuestra obra «Principios de Mutualidad» al alumno más aventajado de la escuela de Llumesanas, que tan dignamente dirige nuestro distinguido amigo, D. José Seguí, y otro de «La Mutualidad (Conferencia pronunciada en el Ateneo de Mahón) y de la «Mutualidad Infantil» al segundo alumno que resultó Cristóbal Villalonga y Pons, hijo de nuestro querido primo, D. Cristóbal Villalonga Carreras.

Como la Sociedad del porvenir será profundamente mutualista, y como es natural, para llegar á tan laudable fin ha de preceder la enseñanza de la Mutualidad en todas las escuelas del mundo, de ahí que la iniciativa tomada por el Ayuntamiento de Mahón formará época en los anales mutualistas; pues podemos asegurar que ningún Ayuntamiento ha tenido ocasión de repartir un libro mutualista escrito *ex-profeso* para los niños; pues si algunos de Francia han distribuido ejemplares del precioso «Tu serás Mutualista» del distinguido escritor M. Léon Guillot, éste no iba dirigido directamente á la niñez, sinó á todas las clases de la sociedad francesa.

Nosotros no podemos menos de otorgar un ferviente aplauso, en nombre de los humildes y de la sociedad en general, al dignísimo Ayuntamiento de Mahón, abrigando la confianza que los restantes de la Isla imitarán tan laudable proceder, dando así una nueva prueba de su cultura, y de amor práctico á los que, en tiempo no lejano, se ganarán el pan con el sudor de la frente, y que tan necesitados estarán de las saludables doctrinas mutualistas.

Si así lo hicieren, que Dios se lo premie, si no, que se lo demande.



PRECIOS

PALABRAS MUTUALISTAS	0'50 Ptas.
PRINCIPIOS DE MUTUALIDAD	2'00 "
LA MUTUALIDAD	0'50 "
MUTUALIDAD INFANTIL, --(Agotada).	

En venta: Plana, 62.